

VOLUMEN DE AMOR

Por AGUSTIN BURGAS GASCONS

VOLUMEN DE AMOR

Me he ido junto a la planicie.
Hace bien el aire que acompasa, desde aquí, la vida.
Hace bien la luz que infunde
un valor de nueva aurora. O de sueño renovado...

He pasado revista, sin prisas, flor al hombro,
a los indicios elegíacos
sobre los que valga decir
o depositar un beso antes de dejarlos.
(Los hay que cuando se van
se van a la Gran Pradera. También es hermoso.)

En uniforme de hombre, aún con la tierra tocable,
aún apretándola entre los dedos para entrecruzar los pálpitos
he pasado revista al amor que almacenamos,
al silo notable de este tránsito.

Te lo creerás si digo
que he pensado un poco en todo.
Y todo, te lo digo, aún lo más oscuro
ha tenido esta raíz inaplazable de lo humano,
este rasgo furioso de la sangre,
este ser en medio de todos una punzada más
que nos hiera de amor y nos perdure.

Te digo que todo merece henchir una lágrima.
Y que es fácil
cuando la lágrima cae desde lo alto.

Cuando se fragua en un misterioso,
desconocido origen de las geografías que circundan.
Cuando se fragua no sé por qué noticias,
no sé por qué indescriptibles, pero sabidos,

corazones, o manos, o besos que irrumpen
en esta invisible fosforescencia íntima
que invade.

Porque vienen esas pinceladas lúcidas, de pronto,
sobre el campo.

Esos soles gigantescos a posarse, jugando,
en la pradera.

Esos días de lluvia finísima y triste
que habíamos dejado pasar sin anotarlos,
mano sobre mano. O esos escolares que dibujan
casas torcidas y árboles impecables
y hacen florecer jazmines, sin esfuerzo,
sobre paisajes nevados.

No sé por qué, te lo aseguro, no sé por qué
extraños reflejos, por cuáles cuerpos,
por cuáles choques, quién es que se une, en dónde,
para provocar tan magistral e infinita lágrima
que avanza en el borde del amor,
en la cúspide de la planísima arista,
resbalando tanta locura cristalina en donde sí
nos goza en ella ver el trigo iluminado
de nuestro ayer de cuatro esquinas.

Pero conmueve aquí, en la planicie,
estar sobre la misma piel del suelo y en la alta latitud
de la espera decisiva.

Conmueve sentir que alguien fuera del espacio
estrangula, amando, una vez más
tan copioso hálito de espíritu y vida
para hacer la lágrima.

Conmueve el volumen de esa lágrima.

El fecundo peso que la empuja,
esa última unión con la lejana sombra.

¡Oh, esa última pericia, ese quebrar el postrer contacto
para emprender el descenso incontrolado pero sutil,
pero maravillosamente vertical y cierto
sobre el afán del mundo que habitamos!

He estado, esperándote, con pausa.
Y, mientras, la lágrima, caía.

El choque ha sido de segundos
y tú, mujer, aparecías.

Cuando la gran lágrima se rompe
hay un signo en los adentros de los hombres
que sustentan voces como el pan más necesario.
Salpica brazos conferenciando en las cinturas
y el diapasón de los labios presentidos
y el calco de los ojos.
Salpica este territorio mío que recorro contigo y tuyo,
este pedazo de barro que pertoca
junto a la canción metálica de los astros
en vanguardia de la luz que comprendemos.

Salpica ese azul desparramado con un gesto,
o con un grito azul que invade la distancia
mientras nos sabemos avanzados de amor
hacia un concreto y total destino...